



Una nueva victoria para el pueblo brasileño gracias a Lula. Por Vijay Prashad.

Posted on Octubre 27, 2026

La semana previa al 25 de octubre en Brasil fue frenética. Parecía que cada uno de los más de 200 millones de brasileños tenía una opinión política sobre las elecciones presidenciales. El país se encontraba profundamente polarizado. Las encuestas indicaban que la contienda sería reñida, y la mayoría de ellas favorecían al candidato opositor Flávio Bolsonaro, hijo del expresidente Jair Bolsonaro y abanderado de una extrema derecha de un tipo especial. Sin embargo, el presidente en ejercicio, Luiz Inácio Lula da Silva – conocido como Lula y presidente de Brasil de 2003 a 2011 y nuevamente desde 2023 – no permitiría que las encuestas lo detuvieran. Recorrió el país de punta a punta, organizando mítines masivos y enérgicos para movilizar a la gente a votar. En la primera vuelta, el 21% de los votantes no acudió a las urnas en un proceso que, por lo demás, es obligatorio (y una gran parte de quienes sí votaron dejó la sección presidencial sin marcar o anuló su voto). Solo 2,2 millones de votos separaron a Bolsonaro (quien obtuvo el 47% en la primera vuelta) de Lula, de un total de 158,7 millones de votantes registrados. Para ganar entre el 4 de octubre (primera vuelta) y el 25 de octubre (segunda vuelta), Lula tenía que atraer a quienes habían votado por Bolsonaro o a quienes no habían votado o habían anulado sus boletas. Ningún otro candidato había remontado tal déficit en la historia moderna de Brasil. Pero Lula lo logró.

Las calles

En las tres semanas transcurridas entre la primera y la segunda vuelta, Lula y su equipo motivaron a millones de personas a salir a las calles en las grandes ciudades de Brasil, pero también en varias localidades más pequeñas, aunque significativas. Estas enormes movilizaciones crearon la sensación de que Lula superaría la desventaja matemática que presentaban los resultados de la primera vuelta. Todos los análisis electorales indicaban que Bolsonaro pasaría sin problemas a la segunda vuelta, lo que habría señalado la imposibilidad de la victoria para Lula. Sin embargo, la izquierda no se conformó con esta desventaja, sino que pasó a la ofensiva.

En la primera vuelta, Bolsonaro terminó con una ventaja de 2,22 millones de votos, pero en la segunda vuelta, Lula terminó con una ventaja de 4,43 millones de votos. La diferencia se modificó en 6.66 millones de votos. Estos votos provinieron de las grandes ciudades: las 319 ciudades con más de 100.000 habitantes, donde vive el 57% de la población de Brasil, aportaron 3,89 de los 6,66 millones de votos que marcaron el cambio de rumbo. El voto a favor de Lula creció más en los municipios más evangélicos, más ricos, con mayor población blanca, mayor nivel educativo y más urbanos. Esto significó que le restó una parte sustancial a la base de Bolsonaro, lo cual sorprendió incluso al equipo de Lula. La clave del cambio de tendencia fueron las movilizaciones masivas impulsadas por los movimientos sociales, con el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST) a la cabeza.

Avances

A lo largo de sus tres mandatos, Lula ha presidido un avance extraordinario en las condiciones sociales del pueblo brasileño. El programa Bolsa Familia, los aumentos del salario mínimo, la expansión de las universidades públicas y el apoyo a la agricultura familiar llevaron alimentos, ingresos y oportunidades a los hogares que la clase dominante había tratado durante mucho tiempo como desechables. Estos logros cambiaron la vida de millones de personas y demostraron que la pobreza podía combatirse mediante la acción pública. Sin embargo, la fórmula política que hizo posibles estos avances ha llegado a sus límites. Lula buscó mejorar la vida de los pobres al tiempo que se adaptaba al poder de las finanzas, la agroindustria y los sectores dominantes del capital brasileño. Durante sus dos primeros mandatos, las condiciones internacionales favorables crearon un margen para esta adaptación. Pero la redistribución sin una transformación correspondiente del poder económico dejó intactos los cimientos de la desigualdad, lo que permitió a los beneficiarios del antiguo orden conservar los medios para obstaculizar el cambio y revertir sus logros.

En su tercer mandato, las restricciones fiscales, el crédito costoso y la dependencia de las fuerzas parlamentarias conservadoras han reducido el margen para la reforma. Los programas sociales siguen siendo indispensables, pero por sí solos no pueden superar el empleo precario, el endeudamiento de los hogares, los servicios públicos inadecuados ni la concentración de la tierra y la riqueza. El agotamiento radica en una estrategia de gobierno cuyas concesiones obstaculizan cada vez más el cumplimiento de sus promesas. La autoridad personal de Lula no puede salvar indefinidamente la distancia entre las

expectativas populares y las concesiones exigidas por los poderosos. Un proyecto renovado requerirá la fuerza organizada de los trabajadores, los campesinos y los residentes de las periferias urbanas – precisamente quienes conforman la base de Lula – con una agenda de reforma agraria, inversión pública, desarrollo industrial y control democrático sobre las finanzas. Los movimientos que llenaron las calles deben adquirir mayor poder para definir el rumbo del Gobierno. Derrotar a la extrema derecha abre esa posibilidad, pero asegurar los logros sociales de los años de Lula requerirá enfrentar las estructuras que los amenazan continuamente.

La derrota de Trump

El presidente de los EE. UU., Donald Trump, su vicepresidente, JD Vance, y miembros de la diáspora brasileña en Miami dedicaron un esfuerzo inmenso a derrotar a Lula. Brasil, que ocupa la mitad de la superficie de Sudamérica y es la mayor economía de América Latina, se destaca frente a la ola de gobiernos de extrema derecha que ahora dominan las Américas. La injerencia en las elecciones brasileñas es ahora un hecho reconocido, con Meta bloqueando las cuentas de Lula en una etapa crucial de la contienda y otros informes sobre financiamiento e intervención en las redes sociales.

Trump había esperado que Bolsonaro ganara en Brasil para poder fortalecer así su proceso “Escudo de las Américas”, que comenzó en Miami en marzo de 2026. Trump presentó este proceso como una forma institucional para coordinar la seguridad, pero también para sofocar a los movimientos populares y a la izquierda. La victoria de Lula ha bloqueado el camino de Trump para aplicar la Doctrina Monroe. También ha significado que Trump no podrá acceder tan fácilmente a los minerales críticos de Brasil ni dominar el nuevo yacimiento de petróleo en la cuenca del delta del Amazonas.

A pesar de los obstáculos a los que se enfrentó Lula, su victoria ha demostrado que la extrema derecha no es invencible.

*Vijay Prashad es un historiador y periodista indio. Es autor de cuarenta libros, entre los que se incluyen *Balas de Washington*, *Una estrella roja sobre el Tercer Mundo*, *Las naciones oscuras: una historia del Tercer Mundo*; *Las naciones pobres: una posible historia del Sur Global* y *How the International Monetary Fund Suffocates Africa*, escrito con Grieve Chelwa. Es el director ejecutivo de Tricontinental: Instituto de Investigación Social, corresponsal jefe de Globetrotter, y el editor jefe de LeftWord Books (Nueva Delhi). También ha hecho apariciones en las películas *Shadow World* (2016) y *Two Meetings* (2017). Colaborador permanente de elmaipo.cl